

—Una vuelta por aquí... cerramos y...

El porro de marihuana estaba listo. No había mejor manera de empezar el turno de noche. El taxista, de prominente barriga y redonda cara, sonrió, satisfecho, adelantándose a los efectos de la planta mimada, cuidada y recolectada.

—Al aeropuerto JFK, por favor.

La voz provocó un respingo que casi desparrama el porro. ¿Qué demonios pasaba? Cogió el cigarro, lo puso entre las piernas y, maldiciendo, comprobó que se había olvidado de apagar la luz que indicaba la disponibilidad del taxi. Giró lentamente la cabeza, con resentimiento, y observó a los intrusos.

—Perfecto... —murmuró.

Una pareja de mormones esperaban sonrientes a que el vehículo se pusiese en marcha. El resentimiento se convirtió en odio; despreciaba a los religiosos. Pero una carrera era una carrera, así que se volvió sin dejar de mirarlos por el espejo retrovisor, arrancó el motor y se puso en marcha.

—¿Es un apodo? —una mirada recelosa como respuesta—. El nombre de tu licencia, que si es un apodo —el recelo se convirtió en cólera—. No creo que Gandalf sea un nombre...

Gandalf redujo la marcha para poder mirar a los meapilas a través del espejo, con fuego violento en los ojos. Al cabo de unos segundos, como si su nombre no hubiese sido tema de conversación, el taxista preguntó:

—¿Es verdad que no soportáis el tabaco ni a la gente que fuma?

—No en términos tan categóricos, pero sí, así es.

Gandalf, sonriendo, cogió el porro de entre sus piernas, lo puso a la vista de los mormones, miró por el espejo retrovisor, sacó un mechero, lo encendió y empezó a acercarlo a la punta del cigarrillo.

—¿Le importaría respetar nuestro derecho a no respirar cáncer? Casi hemos llegado.

Gandalf detuvo la mano, entrecerró los ojos, reanudó el movimiento, encendió el porro, aspiró profundamente y, soltando un denso humo que llenó en pocos segundos el taxi, replicó:

—Oh, no os preocupéis —puso su mejor cara de loco mientras pisaba el acelerador—. ¡Esto no es tabaco!

El taxi, aparcado en la acera, todavía olía a marihuana. Gandalf conservaba la sonrisa que se le quedó al ver las caras de los meapilas cuando bajaron. Miró por el espejo retrovisor y vio a un larguirucho chupado de pelo corto que avanzaba a trompicones hacia él. *Perfecto, un jodido yonqui*, pensó. La puerta se abrió y el larguirucho de ojos rojos se dejó caer en el asiento de atrás, soltando un largo suspiro.

—A Co-op City, y rapidito.

Gandalf elevó una ceja, chasqueó la lengua y se puso en marcha; una carrera era una carrera. El yonqui empezó a mirar alrededor con ojos rojos como platos, como si estuviese viendo el mundo por primera vez, murmurando un “esto huele de puta madre”, hasta que reparó en la licencia del taxi, entrecerró los ojos y empezó a reírse.

—Va, tío —dijo el yonqui—, estás de coña, ¿no? —silencio—. ¿Gandalf? —preguntó, alargando todas las letras—. No tienes pinta de Gandalf —silencio—. Pero mola, ¿sabes? Con dos cojones...

El larguirucho dejó de reírse, se incorporó en el asiento y se pasó el dedo índice por debajo de las narices.

—Yo soy Eddie.

El taxi se detuvo en un semáforo. Eddie se echó hacia delante.

—Ey, *Mithrandir*, ¿a que no tienes huevos a completar el trayecto sin pararte en ningún semáforo más? —preguntó con una sonrisa mientras sacaba un arrugado

billete de 100 dólares y lo meneaba ante los ojos reflejados del taxista.

—Drogado y sin ganas de vivir... Un día duro, ¿eh?

—¿Tienes huevos o qué? —replicó Eddie, todavía sonriendo y moviendo el billete.

Gandalf se giró, serio, miró a Eddie, miró al billete, de nuevo a Eddie, ofreció su mejor sonrisa y dijo:

—Hay trato.

Eddie empezó a saltar en el asiento trasero, intercalando gritos incoherentes con palabras como “vamos” y “dale caña”. El semáforo cambió a verde. Las ruedas rompieron la quietud de la noche con un chillido agudo, y el taxi dejó tras de sí una nube de goma quemada que tardó varios segundos en desaparecer. Eddie se hundió en el asiento trasero abriendo los ojos al máximo, expresando su locura química en un grito prolongado.

Unos minutos más tarde, tras varios adelantamientos suicidas, siete semáforos en rojo y un retrovisor arrancado de otro vehículo que estaba aparcado demasiado cerca de una curva, el taxi llegó a su destino. Lo último que Gandalf vio de Eddie por el espejo retrovisor fue su cuerpo delgado, consumido por las drogas, avanzando en zigzag con piernas temblorosas. *Que buena guardia*, pensó el grueso taxista.

Gandalf se encontraba fuera de su territorio marcado. Aceptar una carrera en aquellas calles no traería más que disgustos. *No problema*, pensó el taxista, *un porro y vuelta a casa*. Pero antes de poder siquiera sacar los materiales, la puerta trasera se abrió. Bufando de rabia y con la excusa en la boca, Gandalf se giró para mirar directamente a los ojos del intruso. Este no podía ser descrito con otra palabra que no fuera “indefinido”. Para Gandalf, aquella persona era la personificación del olvido; ni tres segundos retendrías su cara si te lo cruzases por la calle. Eso vestido. El

hombre indefinido que se había sentado en la parte trasera del taxi estaba desnudo, salvo por unos calzoncillos de licra diminutos.

—El dinero está en el destino —dijo sin acento el extraño, adelantándose a los pensamientos de Gandalf.

—Y espero que la ropa también... —una risa cortés fue la única respuesta. *Ah, qué diablos*, pensó Gandalf, *una carrera es una carrera, y yo no he recogido a nadie, ha sido él quien ha subido.*

—¿A la tienda más cercana?

—No —replicó el indefinido entre temblores—. Mejor a Hammarskjold Plaza.

Diez minutos pasaron hasta que el misterioso pasajero decidió romper el silencio.

—Supongo que querrá saber la historia, ¿no?

—¡Diablos, sí!

—Ya veo —ni medio segundo había pasado hasta la respuesta del taxista—.

¿A tenido alguna aventura?

—No suelo desenterrar misterios —replicó el grueso conductor tras una duda.

—Jajaja. No, mi querido... —miró la licencia— ¿Gandalf?

—¿Algún problema? —respondió el aludido, receloso.

—No, por dios. Rajnish Foley, para servirle.

—¿Indio?

—Mejor vagabundo sin hogar —Gandalf miró por el espejo con los ojos entrecerrados.

—Ajá...

—Me refería a aventuras con mujeres —silencio—. Bueno, pues yo estaba en medio de una, cuando el marido de la libertina tuvo a bien de presentarse sin avisar, provocando el consecuente alboroto y nerviosismo —Rajnish esperó a una risa que no llegó—. Pues... tras media hora debajo de la cama, conseguí salir de la casa de

la mencionada mujer, aunque carecí de tiempo para recoger mis pertenencias, como puede ver.

—Sin duda... —respondió el taxista más animado.

—Aquí está bien —el taxi se detuvo—. Espere unos minutos y le bajaré la tarifa.

Gandalf se quedó esperando en el taxi mientras veía al señor Foley entrar en un edificio corporativo de Hammarskjold Plaza. Ni dos minutos más tarde, el llamado Rajnish apareció en la acera junto al taxi. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados, una cazadora de cuero con capucha llena de pins y unas botas de vaquero desgastadas.

—La tarifa —alargó un fajo de billetes—, más un plus merecido de excentricidad —alargó otro fajo.

—Esto es...

—Suficiente, créame —Rajnish miró a la izquierda, con la mirada fija en un punto lejano. Suspiró hondo—. Va a ser una buena noche... Para usted también. Intuyo que va a llevar a una celebridad en su taxi con olor a marihuana —añadió casi en un susurro.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañado Gandalf, apartando la vista de los billetes que estaba contando.

—¡Buena guardia!

Y sin esperar ni un segundo, Rajnish entró de nuevo en el edificio de Hammarskjold Plaza, luciendo una sonrisa mediana de inquietante ver.

—Vaya, dos en una noche.

—¿Cómo dice?

—¡Que dos en una noche! ¿Está sordo? Antes he llevado a dos putas a las afueras. Detta y Odetta, se hacían llamar. ¿Se puede creer los nombres? Pero antes

he tenido que llevar a otro tipo a Hammar skjold Plaza. No es un sitio al que la gente suele ir de noche, ¿sabe? Por eso me ha extrañado que usted también quisiese ir. Además, no se lo va a...

—¿¿CÓMO?? —el pasajero, un tipo alto, de cara filada y rostro familiar, se echó hacia delante, pegando las manos en la mampara. Sus ojos transmitían miedo—. ¿Quién?

—Vaya, tranquilícese, amigo —dijo Gandalf, intentando acordarse de dónde había visto la cara de su pasajero—. Un tío con suerte, se puede decir. Iba casi en bolas, y le habían cazado mientras...

—¿Cómo era? ¿Le dijo el nombre?

—¡Pero que ansias! Tenía nombre indio: Rajnosequé. El apellido era normal, eso sí: Foley. Tendría unos...

—¡¡No no no!! —dijo el pasajero mientras se golpeaba la cabeza con los puños.

—Por todos los demonios, cálmese —¿lo había visto en la televisión? No, si él apenas la veía—. ¿Qué le ocurre?

Viggo Mortensen empezó a mecerse adelante y atrás, llorando, susurrando.

—No tenía que haber hecho las películas no tenía que haber hecho las películas no tenía que haber hecho las películas.

Entonces Gandalf se acordó.

—¡Claro! Eres el actor ese de las películas del escritor rarito, ¿no? ¿La Torre Negra, o algo así? A mi no me gustaron.

Viggo ignoró a Gandalf, llorando amargamente ante el destino que el indio de iniciales R. F. le estaba preparando junto a una rosa.

*Planeta Tierra, 27-01-2011.*

*Juanje López.*